



## LA QUINTA DE PEÑALBILLA.

Descripcion de una colonia agricola, que hace á sus nietos el abuelo.

(Continuacion.)

Tal fuerza me hacian aquellas razones de un niño, que nadie hoy se atreverá delante de mí á despojar de su nido á un pajarillo. Viendo nuestra grande aficion al campo, y con admirable prevision de lo que en adelante podia suceder, nos habian cedido un pedacito de terreno para que nosotros lo cultivásemos, para lo cual nos proveyeron de toda clase de herramientas. Habian procurado además darnos algunas nociones de varias artes, y nos habian montado un taller, donde nosotros pasábamos largos ratos llenos de satisfaccion y de ilusiones.

A decir verdad, á Juan le llamaba más su inclinacion á *nuestras fincas*, como nosotros decíamos, y para mí habia más atractivo en el taller, sin que por eso dejásemos uno y otro de trabajar igualmente en ambas cosas.

Pero aquella hermosa vida debia tener fin. Un dia, despues de concluir nuestro estudio, me dijo Juan, con el tono del más profundo convencimiento:

—Ricardo, seremos militares.

Y aquella noche, con la mayor gravedad del mundo, decia yo á mis padres:

—Queremos ser militares.

Lo mismo habia dicho Juan á los suyos, y las dos familias, despues de maduras reflexiones, convinieron en que abrazáramos la carrera militar en clase de Ingenieros.

Poco tengo que decir de nuestra vida de academia. No perdimos un momento, ni dimos el menor disgusto á nuestros jefes, ni tuvimos la más insignificante discordia con nuestros compañeros. Aunque por broma, so-

lian llamarnos *Pilades y Orestes*; nos guardaban, no obstante, toda clase de consideraciones. A los veinte años éramos tenientes. Los cuatro primeros años de nuestra vida militar se deslizaron tranquilamente. Al cabo de ellos mi amigo tuvo la desgracia de perder á su madre y poco despues á su padre. Cuando recibimos la noticia de este terrible golpe, yo quedé anonadado; pero Juan, semejante á las majestuosas montañas que asoman imponentes su inmutable cumbre despues de las desechas tormentas, luégo que se hubo un poco mitigado mi asombro, me dijo:

—Ricardo, hoy dejo de ser militar.

Era la primera vez en la vida que me hablaba de ese modo, nombrándose á él solamente. Así es que, entre turbado y asombrado, le dije:

—¿Y yo?

—Tú seguirás en las filas hasta que debas abandonarlas. Un dia nos habíamos de separar, y ese dia es hoy. Yo debo tomar mi retiro; tú no. Nos separamos, y no quieras saber de mí hasta que yo mismo te avise.

—Me marcharé á Ultramar.

—Márchate.

Mi amigo tenía ya formado su plan, que creí sería irrevocable, y acostumbrado á ver que todo lo que pensaba era bueno, renuncié á pedirle explicaciones. Ocho dias despues, casi á la misma hora, despues de una amarga despedida, salíamos de Madrid, uno para Talavera y otro para la isla de Cuba. A mi vuelta de la campaña, estaba en Madrid disfrutando seis meses de licencia cuando recibí la carta de Juan, y me puse inmediatamente en camino para verle.

### Capítulo III.

Cuando se desprendió de mis brazos, llorábamos como niños. Me parecía un sueño lo que me estaba sucediendo, y apenas me daba crédito á mí mismo. Tanta era la satisfacción que habia inundado todo mi sér. Durante mis campañas en Ultramar habia soñado muchas veces con esta entrevista, no habia pasado un sólo dia sin deseársela. Y en medio de los mayores peligros, cuando me encontraba rodeado de enemigos invisibles y encarnizados, y fatigado por el hambre y el cansancio, volvía los ojos á Juan, mis fuerzas renacían, ya no pensaba más que en el momento de volver á verle. Nunca me ocurrió la idea de que podia ser que no nos viéramos más. Me habia dicho Juan que él me llamaria, y esperaba confiadamente aquel momento. No pasó dia alguno en que no esperase con ánsia la llegada del correo. Y cuando me convencía de que ninguna noticia venia de él, me consolaba diciendo: no será tiempo; acaso mañana.

Por fin ya estoy con él y tengo delante toda su familia, una familia de séres felices. Su esposa es el bello ideal de la mujer candorosa. Apenas salí del carruaje me tendió la mano con naturalidad, diciendo:

—¡Cuántos deseos teníamos de que llegara esta hora! Gracias á Dios ya te tenemos aquí para que no te separes de nosotros.

Tres lindísimos niños, que estaban al lado de Irene, éste era el nombre de la mujer de Juan, se abrazaron á mí, como si toda la vida me hubieran tenido á su lado.

—¿Sabeis quién soy?—les dije besándoles.

—Te conocemos,—dijo el mayor.— Todos los días nos habla papá de tí.

Después de este cariñoso reconocimiento, que llenó el vacío de mi alma y devolvió á mi corazón la lozanía de mis primeros años, me presentó Juan todos los dependientes de su casa, que estaban presentes, y parecían no tener entre todos más que una sola alma, la de su amo. Á la primera mirada que dirigí sobre ellos, no sé cuántas cosas ví. Me pareció que todos me esperaban y se alegraban de mi venida. Creí ver realizada la existencia de los tiempos patriarcales. Muchas cosas he visto y me han impresionado en este mundo; pero tanto y tan agradablemente como ésta, ninguna. No pude menos de reconocer la obra de Juan. El había formado aquella familia; los semblantes de todos revelaban el sello que él les había impreso.

—Ricardo,—me dijo Juan después que pasamos al comedor,—tu cubierto se ha puesto todos los días en mi mesa por si Dios alguna vez inesperadamente te traía á nuestro lado. Mis hijos, desde que han tenido conocimiento, te han colocado entre ellos.

Concluido el desayuno, fui conducido por mis amigos á mi cuarto, en el cual me dijo Juan:

—Esta habitación está hecha expresamente para tí.

Cuando me dejaron solo para que descansase, me dispuse á dormir profundamente, porque sentía verdadera necesidad de descanso. Nunca me había fatigado tanto marcha ni combate alguno como las diez y seis horas que había pasado en una emoción continuada, por lo que me proponía dormir profundamente. No contaba yo, sin embargo, con lo que pudiera suceder.

Apénas me había dejado caer en la cama, recordé las palabras de Irene:—No te separas de nosotros.—Un mundo de ideas se agolpó de repente á la imaginación, dejándome enteramente desvelado. Ya no me separaré de ellos, me decía; es decir, que Juan tiene ya formado su plan, y me llama para ponerlo en ejecución. Pero ¿tendrá la pretensión de que abandone mi carrera? Es indudable; si no, ¿para qué me llama? ¿Qué otra cosa pueden significar las palabras de Irene? Pero Juan debe comprender que acabo de llegar de una brillante campaña, que he merecido muchas consideraciones, que soy apreciado de todos mis jefes, que estoy abocado á grandes recompensas, que delante de mí se despliega hoy un porvenir capaz de excitar la ambición del hombre más apático, que todo, en fin, me sonríe. Las palabras de Irene nada deben significar. Por otra parte, si Juan tuviera semejante pretensión, ¿cómo podría yo oponerme á ella? Juan mira las cosas desde un punto de vista muy elevado, y si tal pretende es sin duda porque conocerá que en otra situación puedo ser más útil que en las armas. Realmente los servicios que yo hoy puedo dispensar á la nación son bien insignificantes; más que de utilidad le sirvo de gravámen. Mi buena suerte puede excitar la voluntad de otros, sirviéndoles de estímulo para que se dediquen á alguna de las muchas carreras en que los hombres más aventajados se convierten en parásitos de la sociedad, á costa de la cual viven en cuenta de servicios muy dudosos que la prestan. Mis conocimientos, aplicados á cualquier ramo, pueden dar más copiosos resultados que los que de mi carrera resulten.

Lo que medité sobre esto, las reflexiones que me hice, el tiempo que estuve batallando conmigo mismo, no sé cuánto fué. Lo que sí recuerdo es que, cansado y mareado de tanto discurrir, me arrojé del lecho, diciendo: Haré lo que Juan tenga dispuesto.

Cuando salí de la habitación era la hora de comer, porque en casa de Juan, como en casa de los labradores, se come á las doce en punto. Sus hijos me estaban aguardando, y en los pocos momentos que faltaban para sentarse á la mesa, me llevaron por la casa, explicándome hasta los menores detalles. ¡Qué orden! ¡Qué prevision en todo! Cada cosa estaba en el sitio que le correspondía; ninguna falta se notaba, ni se veía cosa inútil. La distribución de las habitaciones era admirable; todo parecía dispuesto por una inteligencia superior y ejecutado por una mano hábil.

La comida fué amena porque rebo-saba en ella la paz y bienestar que reina en las casas donde todos se quieren y todos cumplen con su deber; al concluirla me dijo Juan:

—Nuestros padres nos enseñaron á bendecir á Dios porque nos da el alimento de cada día. En mi familia se guarda la misma costumbre. Demos, pues, gracias á Dios para que sepas despues la historia del tiempo en que hemos estado separados.

El hijo mayor de Juan rezó por el alma de nuestros padres y pidió á la Madre de los afligidos por nosotros. ¡Qué hermosas deben ser en la presencia de Dios las oraciones de los niños! Los de Juan, despues de rezar, nos besaron la mano y se retiraron, quedándonos de sobremesa nosotros.

—Nada tienes que referirnos de tu

historia,—dijo Juan,—porque día por día la hemos seguido. Sólo Dios sabe lo que todos en mi casa hemos sufrido en tus peligros y gozado en tu prosperidad. En cambio tú nada has sabido de nosotros, porque ni los periódicos se han ocupado de este escondido rincón, ni teníamos jefes que te dieran cuenta de nosotros como de tí me la comunicaban á cada momento los tuyos. Voy, pues, á referirte, porque es muy justo que lo sepas, lo que ha sido de mí durante los catorce años de nuestra separación.

Al verme privado de los dos seres más queridos en este mundo, en posesión por un lado de una carrera militar y por otro de unas cuantas hectáreas de tierra, no vacilé, como sabes, en abandonar mi carrera para dar á mis conocimientos más útil empleo. Dos caminos que seguir se me ocurrieron por el pronto: la industria y la agricultura. Las dos me parecían igualmente necesarias, igualmente necesitadas de fomento, y hubiera querido hacer de las dos el objeto de mis ocupaciones. Pero mis fuerzas no alcanzaban á tanto, y era preciso decidirse por una de ellas. Opté por la agricultura, y ya puedes comprender cuál fué mi plan de trabajo. Veía que la mayor parte de las causas que motivan el atraso de una y otra es la falta de instrucción en los braceros, y me era necesario, para trabajar con éxito, consagrar una gran parte de mi fortuna y trabajo á enseñarlos, á educarlos, en una palabra, á formarlos. De modo que mi programa se reducía á tres puntos: formar una cohorte de buenos operarios; crear con ellos una quinta modelo, y convertir ésta despues en una colonia.

Para lograr mi objeto no podía contar con los hombres curtidos en el trabajo del campo, ávezados á las prácticas rutinarias que aprendieron de sus abuelos, y formados en una educacion suspicaz, que los hace refractarios á toda reforma, aunque palpen los buenos resultados que produzcan. Tuve, por consiguiente, necesidad de escoger entre los hijos de la clase jornalera los que me parecieron más dóciles y aventajados. Como esta eleccion era la base de mi plan, procuré hacerla con todo cuidado: visité muchas veces las escuelas; procuré conocer las inclinaciones de los niños; pedí informes á

los maestros, y sobre todo me valí de los sabios consejos del excelente párroco del pueblo, que en todo ha sido mi ángel tutelar y el único que en los días de prueba ha estado á mi lado.

Como en las clases jornaleras no suele ser muy esmerada la educacion, y yo queria que mis futuros obreros la tuviesen excelente, los separé de sus padres para que el mal ejemplo de su casa no malograra las lecciones que les hubiese dado, perdiendo de este modo mi trabajo y, lo que más lastimoso sería, mi tiempo.

*(Se continuará.)*

C. L. E.

## EL CARNAVAL.

El Carnaval pudo en algun tiempo tener seductor atractivo; pero hoy los hombres formales han llegado á convencerse, si no por su fuerza de lógica, por la fuerza de los años, de lo inocente y cándido de la fiesta; y los niños, que nacen siendo adelantados hombres, contribuyen de poderosa manera al destronamiento de la tradicional é histórica fiesta, que tantos disgustos ha producido, tantos malestares ha originado y de tantos funestos términos ha sido causa. Las antiguas máscaras guardaron de algunos años á esta parte sus disfraces, pocas veces caprichosos, ó los redujeron de tamaño á fin de que servir pudieran á los herederos de su nombre, en quienes recuerdan los

años en que con igual buen humor que en ellos reina descaban con infantil alegría la llegada del Carnaval. La ingratitud humana alcanza hasta los recortados trozos de percalina, que fueron acaso pantallas de sus intenciones, ocasion de sus aventuras, agente que les hacía comunicarse con las personas de su afecto ó de sus rencores.

El Carnaval morirá, y lo que hacer no ha podido una sucesion de siglos, lo va á lograr una sucesion de años. Los disfraces caprichosos desaparecieron, y por las calles sólo nos encontramos á marrachos más ó menos exagerados, y á estudiantinas que quieren hacernos recordar las antiguas, organizadas por los estudiantes de las

Universidades de Salamanca y Alcalá de Henares, y que hoy sólo las componen en su mayoría hombres que en su vida pisaron las aulas.



Ya cruza el paseo por delante de nosotros ridículo imitador del humilde anacoreta, profanando con sus palabras y actitudes el recogimiento y la virtud.

Ya vemos en caricatura á la institucion militar, á pesar de todos los bandos que las autoridades publiquen para evitarlo.

Ya es un individuo que agrega á su cabeza una careta de animal, fingiendo que se disfraza, cuando lo

que en realidad hace es denunciarse y descubrirse.

Ya, por último, la tradicion de este país, tantos siglos ocupado por



los sectarios de Mahoma, hace que se multipliquen y pululen los moros manchegos, promoviendo algara-



das por el santo horror que á los moros se profesa, y haciéndoles una vez más emprender precipitada fuga.

Todo esto sin contar con los innumerables individuos que se complacen en vestir harapos, y que no puede averiguarse si son máscaras



que se divierten ó contribuyentes que se aburren.

El Carnaval pasó, sin dejar otro



recuerdo agradable que el de una multitud de niños que, disfrazados con caprichosas *toillets*, se exhibieron en el salon del Prado ó en el baile organizado por el complacien-

te empresario de la Comedia, en el que la estancia era interrumpida continuamente por chulas, señoritos, pierrots, pajes, Quevedos, al-



deanas, Mefistófeles, beatas, soldados y otras mil miniaturas; bullicioso enjambre de criaturas que serán más tarde la futura sociedad española en la inmensa variedad de sus tipos.

Tambien se han verificado brillantes bailes de niños en casas particulares, sobresaliendo entre todos el que organizó en la suya uno de los más ilustres artistas: el Sr. Don Federico de Madrazo.

Pero á la algazara ha sucedido el silencio; á la agitacion el reposo; á la mentira la verdad, y la ceniza puesta en la frente ha recordado al hombre su término y ha restablecido el necesario equilibrio entre los goces y los deberes.

CÁRLOS OSSORIO Y GALLARDO.



Joaquinito es tan amante de los animales que, por su gusto, su casa se convertiría en un arca de Noé. El perro y el gato son sus predilectos; pero hay momentos en que Joaquinito llega á sospechar que la amistad del *Canelo* y el *Micho* es algo interesada. A las horas de comer especialmente no le dejan punto de reposo: el perro le advierte, llamándole, que él también debe ser de la partida; el gato acecha una ocasión para dejar sin comida á su amo, y hasta las gallinas se aproximan para utilizar las migas que puedan caer al suelo.

Los animales, sin duda por parecerse á los hombres, conocen que se les quiere y abusan del cariño.

## CUENTOS INFANTILES.

### XVIII.

- ¿Es tu abuela esa mujer?  
 —Sí, Perico.  
 —¿Qué años cuenta?  
 —El mes que viene hará treinta.  
 —Hombre, ¡si no puede ser!  
 —Pues es cierto.  
 —¡Qué porfía!  
 —Desde que, hace treinta años,  
 Rodó setenta peldaños...  
 Dice que nació aquel día.

### XIX.

- La gimnasia es ejercicio  
 Que aumenta la vida humana.  
 —Y, sin embargo, Enriquito,  
 Allá en edades pasadas  
 Nuestros abuelos cumplían  
 Una existencia más larga  
 Que nosotros... aunque nunca  
 Conocieron la gimnasia.  
 —¡Pues, por eso se murieron!  
 Usted aboga por mi causa.

### XX.

- Por si fué un poco exigente  
 O si hizo mal los palotes  
 Lloraba el niño Vicente,  
 A quien su madre inclemente  
 Dió una docena de azotes.  
 Viéndole un punto callado,  
 —¡Gracias á Dios que llorar  
 No te oigo!—Y con desenfado  
 Dice el chico:—He descansado...  
 ¡Para poder continuar!

### XXI.

- Confesábase Inocencia  
 De sus diabluras y enredos,  
 Y el cura, de penitencia  
 Le impuso rezar tres credos.  
 —Tu conducta eso merece...  
 Mas ¿por qué el llanto importuno?  
 —Tres credos manda que rece...  
 Tres... ¡y yo no sé más que uno!

M. OSSORIO Y BERNARD.

## JOYAS DEL ARTE.



JOYERO TOLEDANO.

El que reproducimos en esta página se debe al diestro artífice y fiel contraste de Toledo D. Felipe Rodríguez y Palacios, y fué premiado con una medalla de plata en la Exposición industrial y artística celebrada en aquella capital en 1866.

Un canastillo de plata, en forma de copa, con pié adornado de jallones y cuentas, sostiene el cuerpo principal, que es un pequeño jarrón con tapa, construido del mismo material, adornado con flores, lazos y colgantes de oro, de bastante buen gusto, y en los que alternan, formando un conjunto delicado y bello, topacios, granates y amatistas, que aumentan el valor material de la joya, sin disminuir su importancia artística, que el exámen del grabado adjunto dará á conocer mejor que nuestras explicaciones.

Este joyero fué ofrecido por su autor á Doña María Victoria de Saboya, reina que fué de España en 1872.

## LOS AMORES DE JULIA.

A la caída de una hermosa tarde de primavera salí de casa con el objeto de dar un paseo, y dirigiéndome hacia uno de los barrios contruidos recientemente en lo que ántes se llamaba afueras de Madrid, pasé largo tiempo contemplando las magníficas casas y los preciosos hoteles, en que se revela el buen gusto y la riqueza de algunos madrileños.

En el jardín de uno de aquellos hoteles divisé una niña, rubia y hermosa, que podría tener de doce á trece años, y que saltaba y corría por entre las flores cual ligera mariposa. No había duda: era mi antigua amiguita Julia, que dos años ántes había yo visto y tratado en un pueblecito cercano á la corte, donde á la sazón, acompañada de su mamá, se reponía de una larga enfermedad que había padecido.

Llamé á la niña, y ésta se acercó á la verja del jardín, reconociéndome en seguida. Me invitó á que entrase en su hotel y saludase á su mamá, lo cual hice de muy buena gana.

Después de cambiar con dicha señora algunas frases de pura cortesía, recayó la conversacion, como era natural, tratándose de una buena madre, sobre la simpática Juli-

ta. Su mamá me indicó los adelantos que la niña había hecho en sus estudios: en el francés, dibujo, labores, y sobre todo en el piano. Yo, que soy apasionado por la música, las manifesté mis deseos de oír tocar á mi amiguita, y ella se apresuró amablemente á complacerme, dejando correr sus diminutos dedos por el teclado y haciéndonos oír varias piezas diestramente ejecutadas. Así que terminó aplaudí con entusiasmo, y la pequeña artista se ruborizó con mi elogio, pues la modestia era otro de los brillantes entre los que se hallaba engarzada aquella preciosa perla, marchándose después al jardín.

—Dichosa de Vd., señora,—dije á la madre,—que tiene una criatura tan perfecta.

—Pues no obstante, amigo mio, Julita me ha dado un disgusto hace unos cuantos días.

—Parece imposible, — exclamé yo.

—Sí, señor. Una mañana en que ella aún no había abandonado el lecho por estar algo resfriada, pues cuando está buena se levanta muy temprano, hallé en su costurero un papel en que, escritas con lápiz y de su propia letra, se leían estas palabras:

«Le quiero con toda mi alma, sin verle no podría pasar un solo día. ¡Qué hermoso es!»

¿Verdad que esto era muy extraño y muy alarmante para una madre que, como yo, no tiene más dicha en la tierra que el amor de su hija querida?

—No lo niego; pero ella es muy buena.

—Ya lo sé, amigo mio, y por eso mismo temia yo más.—Disimulé mi disgusto y observé á Julia; pero mis observaciones fueron inútiles: sólo notaba en ella un empeño extraordinario por bajar al jardín. La observé mejor, y sólo la ví acariciar á las flores, percibir sus aromas y correr, y saltar como una loquilla.

—Si es un ángel,—añadí yo.

—A los dos dias otro papelito, en el mismo sitio y escrito en igual forma, decia:

«Ayer me pareció verle estre-  
mecerse y sonreir cuando yo le ha-  
blaba. ¿Si corresponderá á mi cari-  
ño? ¿Si me amará como yo le amo?»

Ya ve Vd. que esto era por demás.

—Sí, pero...

—No pude acallar por más tiem-  
po mi disgusto y corrí hácia el jar-  
din, en donde á la sazon se encon-  
traba Julia, cuando la ví venir há-

cia mí muy asustada y llamándome entre sollozos.

—¡Mamá! ¡mamá!—exclamaba.

—¿Qué te sucede? ¿qué ocurre?—  
la pregunté.

—Que le han roto, que me le han  
destrozado, pisando su hermosa  
flor.

—¿A quién?

—Al hermoso geranio, de quien  
estaba yo enamorada.

—¡Claro está!—exclamé entre la  
risa que me habia producido el de-  
senlace de aquellos angelicales amo-  
res de Julia;—las niñas de su edad  
solamente pueden enamorarse de  
los pájaros y de las flores. Viva us-  
ted tranquila, señora, que quien  
como Vd. educa á los hijos, no re-  
cibe nunca disgustos de la índole del  
que se habia imaginado.

—Pero no está demás la vigilan-  
cia por parte de una madre.

.....  
Permanecí algunos momentos  
más al lado de aquella buena seño-  
ra, y despidiéndome luégo de ella  
y de su encantadora hija, continué  
paseando, sin poder olvidar la his-  
toria de aquellos amores y medi-  
tando en los buenos efectos que pro-  
duce una esmerada educacion.

MANUEL FERNANDEZ MUÑOZ.

## LA FLOR Y EL CAPULLO <sup>(1)</sup>

Un capullo y una flor,  
Animados por un rayo  
Del brillante sol de Mayo,  
Disputaban con ardor.  
»Te llevo ventajas mil,  
Decía el tierno capullo  
Lleno de arrogante orgullo,  
A la reina del pensil.

»En mi celdita encerrado,  
Asomo mi faz galana  
Al calor de la mañana,  
Defendido y abrigado.

»Es mi matiz sin igual  
Media tinta, que enamora,  
Como el pudor que colora  
La mejilla virginal.

»Con halagüeña caricia  
Llega hasta mi seno blando  
El viento, que está esperando  
De mi aroma la primicia.

»Guardo mi interior discreto,  
Y así codiciado vivo;  
Porque soy el incentivo  
Del misterio ó del secreto.

»Y ofreciendo en lontananza  
Tu valor, soy entretanto  
Fresco emblema del encanto  
De una próxima esperanza.

»Tú, en cambio, de opuesta suerte  
Has de vivir advertida.

¿Qué estima tiene una vida  
Que está rayando en la muerte?

»Todo es para tí severo;  
Mústia y ajada en estío;  
¿Qué hará el primer sople frío  
Del otoño venidero?»

Calló el capullo, y la flor  
Respondió, sin arrogancia:

«Comprendo la exuberancia  
De tu lezано verdor.

»Tu corta edad no te deja  
Reflexionar con más seso;  
Y así cantas, como el preso  
Del calabozo en la reja.

»Enalteces con vigor  
Tu matiz indefinido,  
Antes de haber recibido  
Determinado color.

»Tu aroma al céfiro ofreces.  
¡Cuánto la pasión te ciega!  
Si alguno tienes, no llega  
Hasta el tallo en que te meces.

»Tu interior desconocido  
Dicha mayor no te alcanza,  
Que está la desconfianza  
Velando el bien escondido.

»Ni esperes con vanidad  
Porvenir más halagüeño;  
Porque es la esperanza un sueño,  
Que espanta la realidad.

»El tallo que te levanta  
No es de la rama el mejor,  
Y á un tiempo capullo y flor  
Mueren, si muere la planta.

»Aunque eres fresco retoño  
De Mayo, no es fácil cojas  
El sol que entrega las hojas  
Al primer viento de otoño.

»Yo puedo con más verdad  
Extenderme en mi alabanza,  
Que algo más que una esperanza  
Se estima la realidad.

»De mi brillante color  
El arte sus tintas toma,  
Las auras su suave aroma,  
Sus emblemas el amor.

»La pintada mariposa,  
Fascinada por mis galas,  
Humilde plega sus alas  
Cuando en mi seno reposa.

»Y logra sustento en él  
Como en seno maternal,  
Cual la abeja que al panal  
Desde mí lleva la miel.

»Dios á tal fin me destina,  
Con tan elevado intento,

(1) El largo tiempo trascurrido desde que el inteligente colaborador de LA NIÑEZ D. José Hernandez y Gonzalez no la favorecía con sus escritos, nos había hecho sospechar que sus graves tareas profesionales le tenían apartado del trato de las musas; pero leyendo últimamente *El Cantabro*, que el Sr. D. Genaro Perogordo dirige en Torrelavega, encontramos en sus columnas los siguientes bellísimos versos del señor Hernandez, escritos para un concurso poético, y que nos ha de permitir que reproduzcamos.

Que soy recreo, y sustento,  
Y enseñanza, y medicina.

»¿Qué importa que un rayo ardiente  
Del sol mi vida termine,  
Si él mismo hará que germine  
Nueva vida en mi simiente?

»Es, en fin, la realidad  
De mi existencia cumplida

En la plenitud de vida,  
De amor, de fruto y verdad.»

De la contienda el calor  
Cesó, del viento á un murmullo,  
Y suspirando el capullo  
Dijo: «¿cuándo seré flor!»

JOSÉ HERNANDEZ Y GONZALEZ.

## ACTUALIDADES.

*Un ramo de violetas* es el título del nuevo libro con que han aumentado su excelente colección de obras para la infancia los editores de Barcelona Sres. Bastinos. Componen dicho volumen numerosos cuentos de nuestro amigo Carlos Frontaura, escritos para niños y niñas, é ilustrados con 71 grabados, que en su mayor parte se publicaron en el periódico *Los Niños*. La impresión es elegantísima, lo mismo que la encuadernación, constituyendo el *Ramo de violetas* un precioso regalo para cualquier niño.

El distinguido y celoso catedrático de dibujo en el Instituto de Córdoba, D. Leon Abadías de Santolaria, acaba de publicar un interesante folleto con el título de *Importancia del dibujo y necesidad de reformar su enseñanza haciéndola obligatoria en los institutos provinciales*. Muy atendibles nos parecen las consideraciones que expone el Sr. Abadías en su trabajo.

La comparsa infantil que vino de Arévalo para las fiestas del Carnaval ha merecido la distinción de ser recibida por los Reyes, tocando en su presencia variadas piezas musicales. También lo ha sido por varios ministros y familias distinguidas, y ha dado dos conciertos en el teatro de la Comedia. La acogida hecha en todo Madrid á los infantiles músicos no ha podido ser más cariñosa.

*El país de las gangas* se titula una revista de actualidad que con aplauso se representa en el teatro de Lara. Débese su éxito en primer término á los pintores Bussato

y Bonardi, que la han exornado con preciosas decoraciones, y después á la inmejorable ejecución del cuadro de artistas de aquel coliseo. El libro lo firma el Sr. Pina y la música el Sr. Rubio.

En el teatro Español siguen los ensayos de *El mal apóstol y el buen ladrón*, admirable drama religioso del inmortal Hartzenbusch. El empresario, Sr. Ducazcal, se propone presentarlo con el mayor lujo.

En la Comedia se habrá estrenado, cuando este número se reparta, la obra del señor Echegaray *La elocuencia del silencio*, y siguen los ensayos de *El arte de pedir*, en dos actos, y *El plato del Japon y El muerto al hoyo*, en uno.

Apolo abrirá sus puertas á fines del corriente mes con una compañía de verso, otra de zarzuela y otra de baile. Los espectáculos se dividirán en dos secciones, y los precios de abono y entrada serán muy económicos.

El 29 de Enero se celebró en la iglesia de San Isidro la función anual de las Escuelas dominicales, piadosa asociación cuyo objeto es instruir en la doctrina cristiana, lectura, escritura y aritmética á las jóvenes sirvientas y obreras que no tienen libre más que el domingo. Cuarenta mil han sido instruidas desde su fundación, y más de siete mil preparadas para recibir la primera comunión, algunas de más de veinte años de edad. El P. Cadenas estuvo oportuno y fervoroso en su oración, y el reverendo Obispo auxiliar presidió la ceremonia.



## ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	Páginas.		Páginas.
Estudios de dibujo, por M. A. Capó.....	1, 10, 34, 59, 81 y 117	La ley del trabajo, por Francisco García Cuevas.....	30
La vanidad, por R. Torromé.....	3	Las tijeras, por J. M. Marroquin...	36
Zoología.....	5	Recuerdos infantiles, por Oderfla Ettiffal.....	37
El águila y el caracol, por J. E. de Hartzenbusch.....	5	Custodia de la catedral de Lugo...	40
El lago de Gaiturrea, por E. Sepúlveda.....	6, 17, 25 y 33	Notabilidades infantiles. Antonio Fernandez Bordas.....	41
Actualidades. 7, 23, 32, 47, 55, 71, 95, 103, 119, 128, 143, 152, 167, 175, 191, 199, 214, 223, 238, 254, 263, 272 y 285		Los ángeles de la tierra, por R. Segade Campoamor.....	42
Los siete sabios de Grecia.....	9, 30, 36, 55, 66, 83 y 102	Manuscritos de la Edad Media.....	44
Detrás de la Cruz el diablo, por Gonzalez Moreno.....	13	El verano.....	45
Querer es poder, por F. Soldevilla.	14	La vida, por Francisco Lopez A...	45
Fanor.....	20	Corridas de toros, por Martinez Aparicio.....	46
El poder del dinero, por Felipe Perez Gonzalez.....	21	Exageraciones, por Pedro Groizard.....	49 y 62
Los ratones, por M. Ossorio y Bernard.....	28	El bisonte.....	52
El borracho.....	28	Flora.....	52
Espanoles ilustres. D. Pelayo.....	29	Espanoles ilustres. Fray Francisco Jimenez de Cisneros.....	53
		El diablo verde, por G. Gonzalez Moreno.....	54

	Páginas.		Páginas.
Teatro Guignol, por M. Ossorio y Bernard.....	57	La religion, por Adolfo Vallespinosa.....	129
La calumnia, por Martinez Pedrosa.....	61	Las golondrinas, por Ricardo Sepúlveda.....	131
Joyas del arte antiguo.....	64	El poeta nace, por J. del Castillo Soriano.....	134
El tejón y la nutria.....	65	La Virgen de la Silla.....	136
La madre, por Ricardo Sepúlveda.....	66	En la muerte de una niña, por Joaquina Balmaseda.....	136
La rosa y la siempreviva, por Celso Gomis.....	67	Un día de campo.....	137
Los olores de las plantas, por Joaquín Olmedilla.....	68	Origen de los números.....	138
El pastorcillo y los perros, por Eduardo Guillen.....	70	Aves y flores, por M. Ossorio y Bernard.....	138
De regreso, por Enrique Sepúlveda.....	73	El nopal y la cochinilla, por Ventura Mayorga.....	138
Construcciones rurales... 74, 84 y 99	99	Alejandro y los sabios.....	143
El cazador.....	77	Valor de tres insignificancias, por J. B.....	145
El castillo de los fantasmas, por Adolfo Vallespinosa.....	78	La Caridad, por Marcos Zapata... 146	146
El rey que rabió, por Gonzalez Moreno.....	86	Cuentos infantiles, por Ossorio y Bernard. 147, 174, 178, 195, 219, 244 y 280	280
Reyes de España. Felipe V.....	88	La noche de ánimas, por Enrique Sepúlveda.....	147
La mendiga, por Carlos Ossorio y Gallardo.....	89	Joyero del siglo XIII.....	149
Constancia en el trabajo, por Rafael Abellan.....	89	La locura contagiosa, por J. E. Hartzenbusch..... 150 y 155	155
Fábula, por Ventura Ruiz Aguilera.....	92	Evasion frustrada, por O. y B.....	153
Diálogos.....	93	El congreso de los ratones, por Ricardo Sepúlveda.....	154
Lo que hace el viejo está bien hecho, por Andersen.....	94	Un retrato, por Carlos Ossorio y Gallardo.....	159
El triunfo de la miseria..... 97 y 113	113	Cruces procesionales.....	160
Los dos pescadores, por Javier Gomez de la Serna.....	105	San Eugenio I, arzobispo de Toledo.....	161
Moisés..... 108, 122 y 132	132	Ilipa (hoy Zalamea), por Perez Rubin.....	162
La envidia, por Martinez Aparicio.....	110	El huérfano, por Vicente Gonzalez y Maninang.....	163
Ráfagas, por Martinez Pedrosa... 111	111	Los árabes, por J. B.....	163
El carnero.....	112	Vestir de largo, por Enrique Sepúlveda..... 165 y 169	169
El leño de la santa madre, por Martinez Pedrosa.....	112	Los pobres que tienen frío, por Julian de Arzadun.....	165
Cruz bizantina.....	113	El labrador.....	172
El Ave-Maria, por Francisca Sarasate.....	116	En el aniversario del natalicio de Lope de Vega, por Joaquin Olmedilla y Puig.....	172
El postrer cuento, por Pedro Groizard.....	119	Santa Isabel.....	173
Noble pensamiento, por M. Ossorio y Bernard.....	121	En el hospital, por el Dr. M. de Tola Latour.....	174
Artistas célebres. Leonardo de Vinci.....	124	Una estacion semaforica, por Alvarez Alvistur.....	177
La cruz por lecho, por Antonio Arnao.....	125		
Luis, por Segade Campoamor. 126 y 139	139		

	Páginas.		Páginas.
Los toros de Guisando, por Enrique Ballesteros.....	179	El huerfanito, por Ricardo Sepúlveda.....	229
Ráfagas, por Martínez Pedrosa...	181	La dalia y la violeta, por Ventura Mayorga.....	230
Para que los niños aprendan á querer á sus padres, por P. A. de Alarcon.....	182	Terrible expiacion.....	230
Los fuegos artificiales, por J. B....	183	Ante una pirámide de Egipto, por Gaspar Nuñez de Arce.....	231
La asociacion de escritores y artistas.....	184	Espanoles ilustres. Hernan Cortés, por Rafael Abellan.....	232
La sociedad protectora de los animales.....	184	Bibliografía, por M. Ossorio y Bernard.....	236
Postigo de la capilla del Obispo...	185	Lectura de manuscritos, por M. Ossorio y Bernard.....	240
La conversion de San Eloy, por A. Brun.....	186	La herencia de un murguista, por Olmedo y Estrada.....	241
La mariposa, por Adolfo Vallespinosa.....	189	Fragmentos, por Llanos Alcaráz..	243
Hospital del niño Jesus.....	190	La educacion, por Eusebio Font...	244
Contra soberbia humildad, por Livinio Stuyek..... 193, 206 y	217	El manantial de agua clara.....	245
Cristalería.....	196	Herencia de honor.....	246
El pajarillo muerto, por Ricardo Sepúlveda.....	198	Casa del Dante.....	249
Las tinturas, por T. Lebrun.....	198	Amor filial.....	250
Noche-buena, por Carlos Ossorio y Gallardo.....	201	Los cascabeles de oro, por G. de M. Ama á tu madre, por Antonio Arnao.....	250
Nuevo jardin de niños.....	203	El real de plata y el ochavito, por Julian de Arzadun.....	253
Un colector laborioso, por Juan E. Hartzenbusch.....	204	Cuentos.....	254
Almanaque para todo lo que falta de siglo.....	205	La quinta de Peñalbilla.. 257, 265 y	273
El nacimiento de Nuestro Señor, por Aberto Lista.....	208	El perro de caza, por Rafael Torromé.....	260
Precocidades. Comedia, por Ramiro Siguert.....	209	Joyas del arte.....	261
Escenas tristes, por Carlos Ossorio y Gallardo.....	218	Las especias, por Maria del Pilar Sinués.....	262
Definiciones ingeniosas.....	219	A la esperanza, por Patrocinio de Biedma.....	267
La guerra, por E. Guillen.....	220	Cruz procesional.....	268
Plato de laton.....	221	El goloso.....	269
El caballo de Calígula, por J. E. Hartzenbusch.....	221	La mano izquierda y la derecha, por T. Lebrun.....	269
Las orugas del pino, por Celso Gomis.....	222	¡Chist! por José Selgas.....	271
Mejor es un dulce, por M. Ossorio y Bernard.....	225	El Carnaval, por Carlos Ossorio...	277
La niña mendiga, por Celso Gomis.	226	Joyas del arte.....	281
Las dos ramas, por Ramiro Blanco.	227	Los amores de Julia, por Manuel Fernandez Muñoz.....	282
		La flor y el capullo, por José Hernandez y Gonzalez.....	284

## COLABORADORES LITERARIOS DE ESTE TOMO.

---

Sras. Balmaseda, Biedma, Sarasate y Sinués; y Sres. Abellan, Alarcon, Alvarez Alvistur, Andersen, Arnao, Arzadun, Ballesteros (D. E.), Blanco, Brun, Capo, Castillo y Soriano, Fernandez Muñoz, Font y Morosso, García Cuevas, Gómis, Gonzalez Moreno, Gonzalez y Maninang, Groizard (D. Pedro), Guillen, Hartzenbusch, Hernandez y Gonzalez, Hidalgo Saavedra, Lebrun, Lista, Llanos, Marroquin, Martinez Aparicio, Martinez Pedrosa, Mayorga, Nuñez de Arce, Oderfla Ettiffal, Olmedilla, Olmedo, Ossorio y Bernard, Ossorio y Gallardo, Perez Gonzalez, Perez Rubin, Ruiz Aguilera, Segade de Campoamor, Selgas, Sepúlveda (Don Enrique), Sepúlveda (D. Ricardo), Siguert, Soldevilla, Stuyck, Tolosa Latour, Torromé, Vallespinosa y Zapata.

## COLABORADORES ARTÍSTICOS.

---

Sres. Búrgos, Capo, Capúz, Casanovas, Cibera, Cortés, Cuevas, Gomez de Laserna, Hidalgo Saavedra, Massi, Manchon, Melendez, Melida, Mugica, Nao, Noguera, París, Pizarro, Poleró, Sala, Santos, Serra y Toro.

## DIRECTOR.

---

D. Manuel Ossorio y Bernard.

---

## CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

---

El periódico LA NIÑEZ se publica los días 5, 15 y 25 de cada mes, en números de 16 páginas en 4.º francés á dos columnas, ilustrados con grabados en madera debidos á reputados artistas.

## PRECIOS DE LA SUSCRICION.

---

**Madrid:** tres meses, 12 rs.; semestre, 22; un año, 40.

**Provincias:** tres meses, 16 rs.; semestre, 28; un año, 50.

**Extranjero y Ultramar:** semestre, 44 rs.; un año, 80.

La suscripcion puede hacerse en cualquier época del año, y abrazará el periodo que el suscriptor desee.—LA NIÑEZ viene publicándose desde Enero de 1879.—Todos los pedidos, reclamaciones, anuncios y cuanto se refiera á la direccion y administracion de este periódico, se dirigirán al Sr. D. Manuel Ossorio y Bernard, calle del Meson de Paredes, 17, principal derecha, Madrid.